

Nunca fui marinero



TEXTO
**Aniceto
Valverde
Conesa**

El autor mantiene y gestiona desde 2007 la página *El Expreso de Mandaracahe*, donde ha recopilado artículos y relatos, algunos premiados, y muchos de ellos publicados en LA OPINIÓN y, especialmente desde 2008, en esta Sección de *Relatos de Verano*. Hace justo un año publicó a beneficio de la Plataforma del Voluntariado de España la novela *El sueño de Dalton Mirasierra*.

■ Yo no soy ni fui marinero. Por ti lo hubiera sido o me convertiría de inmediato en un hombre de la mar, sin que me hubiera marchado cuando el jardín hubiera estado en flor, ni me iría ahora, en este tiempo en el que escribo, por esos mares de Dios: contigo ya hubiera estado en el paraíso, si hubiera decidido salir a volar o navegar (ha pasado tanto tiempo desde entonces) o estaría como entonces lo sentí, tocando el cielo con la punta de los dedos.

Desde que recuerdo el primer temblor de la carne colecciono sonrisas, y la tuya, la de la mujer de entonces como la de ahora, es preciosa: ilumina tu rostro como si siempre luciera al igual que el sol maravilloso de un atardecer sobre la mar. Como tú entera; sobre todo cuando estabas y estás desnuda bajo la anhelante llamada de mi vida. Aun así, no te sentía ni te siento cerca, mujer lejana que en mis brazos llevaría como un cesto de magnolias, y no pude, ni puedo, ni podré nunca: vueles surcando el aire o la mar en tu gozo, en tu placer, en tu libertad sin límite alguno que el mundo o la gente que no sabe soñar te pueda imponer.

Tanto da volar como navegar, surcando el cielo o la mar, ambos calmos o embravecidos por la fuerza del viento, «tu única ley», la sola norma que acatas aun cuando has estado o estás entre mis brazos.

Contigo deseo hacer la travesía de la vida. Déjame acompañarte. Arboláramos nuestro navío frente al viento y desplegaríamos el velamen a su favor; aprovecharíamos su impulso y partiríamos sin rumbo, quién sabe dónde; quizás hacia un destino que hubiera compartido contigo y que la vida parece que me vuelve a brindar.

Tiene una importancia igual a cero a que alguien distinto de nosotros (de quienes éramos y de quienes ahora somos) quiera saberlo. Qué hubiera importado o importaría a donde llegáramos si tú vinieras conmigo en esa travesía. Es más, incluso embarcaría contigo, tras ese periplo de la vida, la navegación o 'derrota' y el amor por esa sonrisa que ilumina tu rostro, en esa nave que nunca ha de tornar, al menos a estos mares o cielos que habríamos surcado juntos, amándonos.

Yo fui soldado de tierra y tu sonrisa, tu saber volar y navegar me recuerda a aquel amor perdido en la noche de los tiempos, a alguien a quien quise con todo mi corazón y que por cómo se iluminaba aún más la sonrisa en su cara cuando nos encontrábamos, creo que ella a mí me quiso también. Quizás soñaba con que uno, igual que tú, sabía volar o, tal vez, soñar.

Tu nombre era Charo, Charo Monserrat, y el amor duró mientras estuve sirviendo a la patria. Ambos éramos conscientes de que llegaría ese momento, ese plazo que le pondría fin. Como ambos sabíamos volar y soñar no hizo falta jamás hablar de ese pacto nunca escrito y tácito que pondría un fin aparente, como de película de cine, a nuestro amor.

Charo, aun viviendo en la ciudad donde hice el servicio militar, ya no estuvo nunca más allí. Lo supe con certeza. Con la misma con la que cuando yo volví a lo que había sido casi el único lugar donde había vivido supe que había pedido las raíces, que ya no pertenecía a ese lugar de antes, de siempre, al igual que ella volaba quizás ya, el uno sin el otro, y creo que yo mucho más (yo estoy dentro de mí y lo sé. Tendríamos mucha menos certeza, si es que eso se puede tener, en el rumbo que habríamos de seguir, en la derrota, tanto en el sentido de lo que íbamos a perder al separarnos como por el lado del fracaso o pérdida (en realidad ambos son consecuencia del otro, y al revés o viceversa), en esa plena y verdadera derrota, en la pérdida absoluta del rumbo, del destino que, el uno sin el otro en la distancia y perdido el amor que sentíamos, la vida nos depararía.

Uno no elegía el lugar que sería su destino en el servicio militar. Me sentía un vagabundo o trotamundos. Charo, cuando te tenía que abandonar porque me daban algún permiso para volver a mi tierra, ésta ya no era la misma sin ti.

En lugar de coger el tren o el autobús que me llevara de vuelta (en realidad de 'ida') a lo que antes era mi ciudad, mi hogar, mi familia, procuraba hacerlo en lo que se llamaba autostop: en aquellos tiempos se podía hacer sin riesgo, la gente confiábamos más en la bondad y la solidaridad de las personas y viajábamos charlando diciéndonos las verdades que se confiesan a quien seguramente no se ha de volver a ver más en la vida.

Te echaba de menos aún en el



camino, en mi vuelo solitario con el amable conductor (solía ser un hombre). Para ello me vestía de soldado aun cuando por mi destino, era algo así como un peculiar espía que leía y traducía la prensa y los informativos de Gibraltar.

Uno estaba a las órdenes directas de un teniente coronel de Estado Mayor y tenía el privilegio de no tener esa obligación de ir como se decía, «de bonito»; o sea, con el uniforme de paseo. Es decir, que yo vestía allí siempre de paisano o utilizaba el uniforme de faena para estar cómodo entre mis compañeros de la Policía Militar que hacían guardia en aquel espacio reservado que era la residencia del General Gobernador Militar de la plaza. Pero siempre me ponía el uniforme de gala o, como se decía, «de paseo» con mi petate al hombro para inspirar aún más confianza en los automovilistas que sabían también volar a pesar de los modelos de coches de la época, y no me estoy refiriendo ni por asomo a que pudieran correr más o menos que los actuales.

Me dejaban en los cruces de caminos, cuando el itinerario de ellos y el mío se bifurcaban, o sea, tomaban direcciones distintas. Mi camino era en realidad de ida y no de vuelta a lo que antes fue siempre mi hogar. Por extraño que parezca a aquellos que hicimos la

mili, yo iba y no volvía porque lo que más deseaba en el mundo era volver a ver tu sonrisa.

Cuando llegó el fin de mi servicio a la patria, cuando me licenciaron y me dieron aquel documento al que se llamaba 'la blanca', paradójicamente, querida Charo, vimos cómo todo terminaba (saberlo ya lo sabíamos) entre nosotros. Nos despedimos con un beso y un abrazo muy tierno y triste en aquel andén del que partía el expreso desde Algeciras, pasando por Irún y terminando el recorrido en Hendaya.

Desde entonces sentí tanto frío como la estatua del marinero de reemplazo, y hombre sin patria similar al vagabundo quizás triste o como payaso de esos que llaman de Pupa Clown de los hospitales que ilustra esta historia que nunca sabréis si ocurrió o no.

O como en el caso de este último, del vagabundo, un 'diógenes' que le pidiera al gran Alejandro Magno o al destino que se apartara no para ver el sol, sino tu sonrisa y abrazarte, volar contigo de nuevo.

Hasta que te encontré y dejé de ser de bronce como la estatua del marinero y el 'diógenes' del vagabundo, en tu sonrisa y en tus ojos brillaba el mismo destello, mi amor de los que saben volar, navegar o soñar.